

LA ÚLTIMA CONFERENCIA DE LUIS VAISMAN¹
¿HARÍA USTED EL AMOR CON UN DELFÍN?:
SEXUALIDADES ALTERNATIVAS
EN LA CIENCIA FICCIÓN

Luis Vaisman
Universidad de Chile
Santiago, Chile

BREVE PRESENTACIÓN: HISTORIA DE UN TÍTULO

Esta presentación de Luis Vaisman, cuya versión extendida se publica por primera vez aquí², iba a ser su última conferencia, en el marco del “1° Encuentro de literatura fantástica y ciencia ficción”, organizado en conjunto por la Universidad Católica y la Universidad de Chile, en noviembre de 2017. La conferencia finalmente no la pudo dar y nos compartió a sus cercanos esta versión extendida³. Con base en esta versión edité el siguiente texto, cuya estructura y temática es claramente de divulgación y no un artículo académico propiamente tal. De este modo, su principal aporte, si bien no teorizado, consiste en una identificación y clasificación genérica según las sexualidades alternativas que allí aparecen, algo absolutamente inusual en la ciencia ficción. Gran parte del trabajo de edición consistió en estandarizar las citas y las referencias, marcar (porque en el texto, de carácter originalmente oral, no estaban) los recortes en estas, o cuando el texto estaba siendo resumido y no citado directamente, además de un pequeño recorte de las citas por una cuestión de

¹ Editada por Matías Rebolledo Dujisin.

² Una versión de esta ponencia aparecerá en una antología preparada por la editorial LOM en 2021.

³ La conferencia finalmente se dio el 3 de mayo de 2018, en el marco del 2° Festival del libro y la palabra.

espacio. No dispongo de los textos físicos, por lo que, al igual que en el original, no consigno el número de páginas, pero sí incluyo al final una bibliografía con los textos editados y publicados en castellano, o bien la publicación original, cuando no existiere traducción. El resto del texto se conserva prácticamente intacto.

La relación de Luis Vaisman con la ciencia ficción es temprana, y está profundamente vinculada con su experiencia personal⁴. Como él mismo me dijo muchas veces, le interesaba mucho la CF por la reflexión en torno a mundos (o, en este caso, sexualidades) alternativos, la crítica al presente proyectando un mundo futuro, etc., pero también por los marcianitos verdes con antenitas. Es, sin duda, pionero en la teorización sobre el género. Los estudios serios sobre la CF comenzaron en Estados Unidos en los años 70, rompiendo poco a poco esa barrera que situaba a estos “marcianitos” en la cultura de masas, sin un lugar en los “elevados” estudios de la academia. Fue precisamente en esta revista donde apareció el primer estudio teórico sobre la CF⁵, probablemente en toda Latinoamérica, que originalmente fue una presentación en la SOCHEL que fue recibida con un silencio total. Lo cierto es que ese texto requirió cerca de treinta años para encontrar su público adecuado⁶. Es un texto que podríamos llamar de “teoría dura”, difícil de leer (hay páginas en que las notas al pie ocupan todo excepto cuatro líneas), pero absolutamente indispensable para cualquier estudioso en la materia, por su aporte a historización, delimitación y teorización sobre el género. La presente publicación, pues, cierra un ciclo en la RCHL.

Por último, una nota personal sobre el curioso título de la conferencia. Alguna vez, ya no recuerdo cuándo (alrededor del 2006), siendo ayudante y también amigo, yendo o volviendo de alguna salida no académica, de la nada y sin contexto previo, Vaisman me pregunta: “Matías, ¿tú te acostarías con un delfín?”. Acostumbrado a ese tipo de preguntas desconcertantes, lo pensé dos segundos y respondí algo así como “mmm... no, pero te recomiendo que no lo andes preguntado a los alumnos” (pensando, por supuesto, en que como están las cosas hoy en día, aparte de descolocarlos, podría ser malinterpretada la pregunta y traer problemas). Al día siguiente, a la mitad de

⁴ En una entrevista en la revista *Dossier* señala: “Mi vínculo con la ciencia ficción es una relación de adolescente. Con ella tengo una deuda respecto de la terrible soledad de una diferencia inconfesable, que comparto con todos esos personajes tan raros, con todos esos mundos tan insólitos, donde todo puede ser. Yo era joven, judío y homosexual en un período en que las tres cosas eran mal vistas, y por consiguiente fue una literatura escapista para mí [...]. Después me empecé a interesar en los mundos alternativos y en la apertura de mente que te produce leer ciencia ficción de la buena”. Obtenido de <https://www.revistadossier.cl/luis-vaisman-la-gente-que-escogio-a-trump-evidentemente-no-leyo-ciencia-ficcion/>

⁵ En el número 25, de 1985.

⁶ Como lo demuestra la fecha del citado congreso, recién en 2017, así como el lleno total que tuvo en sus monográficos de pre y postgrado y seminarios de grado sobre el tema en sus últimos años de carrera.

la clase y frente a un auditorio de ochenta alumnos, dijo: “Matías, que es mucho más sensato que yo, me dijo que no les preguntara, pero como yo no soy tan sensato les voy a preguntar igual: ¿ustedes tendrían sexo con un delfín?”, acompañado por supuesto de las carcajadas generales que causaban las salidas de madre de este profesor absolutamente fuera de serie. Y bien, esta presentación, y esta publicación es, también, la manera de hacer la in-sensata pregunta *urbi et orbi*, cuando ya nada más importa. Este pequeño relato es, por último, un pequeño testimonio de que el libro –que, como se verá al final de este texto, desapareció para siempre– realmente existió, pues esa conversación sucedió instantes después de terminar su lectura. O quizá, en el terreno más especulativo, estaba ensayando el texto que nunca llegaría a escribir y cuya autoría, cual Borges, entregaría a un otro olvidado.

Matías Rebolledo D.

La ciencia ficción⁷, como todos los géneros históricos, cambia, se contamina desde géneros próximos –como la fantasía (*fantasy*) o la literatura fantástica o de terror–, es influida, particularmente desde la década del 60, por la “gran literatura” o “literatura seria” (vs. “literatura de género”), e influye, a su vez, sobre la literatura principal, a la que ofrece temas y estrategias. Y también es cooptada por ella, para sus propios fines. Ejemplos son *Nunca me abandones*, del reciente premio Nobel Kazuo Ishiguro, *Una mujer al fin del mundo* (Marge Pierce), *Arcoiris de gravedad* (Thomas Pynchon), *Las partículas elementales* (M. Houellebecq), entre muchos otros. Incluso se abre a nuevas temáticas que inauguran nuevos subgéneros. Los subgéneros de la CF son casi un subgénero en sí mismo, por la variedad de propuestas que se construyen sobre el tema.

Y a un género que se consolidó desde los 60 del siglo pasado me voy a dedicar hoy día aquí. Se trata del abordaje de variadas posibilidades de la sexualidad, tanto humanas como alienígenas (lo que viene a ser lo mismo, como veremos), originando la preocupación por sexualidades alternativas. Alternativas, por supuesto, a la sexualidad estimada mayoritaria en cada momento histórico de producción.

Comenzaré por un relato de sexualidad alternativa que en su momento de producción lo era, aunque hoy, después de las marchas del orgullo gay, el Acuerdo de vida en pareja y el Matrimonio igualitario, ya casi parece no

⁷ CF, de aquí en adelante.

serlo. Pero diferente era en la década de los 50 del siglo pasado. Me refiero a la homosexualidad, que abordaré desde el hermoso y atrevido cuento de Theodore Sturgeon “The World Well Lost”, de 1953, traducido al castellano como “El mundo bien perdido”. Cito, pues, lo indispensable para entender el cuento:

[...] después de todo ese tiempo, la Tierra albergaba a dos auténticos nativos de Dirbanu [planeta con el cual la Tierra había dejado de mantener relaciones al estar a punto de declararse la guerra], quienes tenían cautivada a la población [por el mutuo amor que se manifestaban permanentemente...]. El impacto colectivo del material sobre los pájaros de amor que emanaba de los transmisores de la Tierra había atraído la atención de Dirbanu, que se apresuró a informarnos de que los pájaros de amor eran efectivamente súbditos suyos y que además eran fugitivos, y que Dirbanu no vería con buenos ojos que la Tierra se ofreciera como un refugio para los criminales de Dirbanu pero, en cambio, estarían sinceramente complacidos si la Tierra accedía a su extradición. [Y la Tierra accedió, enviándolos en una pequeña y antigua nave espacial]. Dos hombres componían la tripulación: [...] Rootes [y] Grunty [...]. Los dos eran hombres primitivos, es decir, que eran hombres de acción. [...] El propulsor translumínico que la nave utilizaba tenía el inconveniente] de que los desplazamientos de un punto de referencia a otro invariablemente hacen perder el conocimiento a la tripulación [...]. Alguna anomalía en el gigantesco corpachón de Grunty hacia que sus periodos de inconsciencia duraran solo de treinta a cuarenta minutos, mientras Rootes siempre estaba inconsciente durante dos horas o más. Grunty tenía esa necesidad vital de unos momentos de aislamiento, pues un hombre tiene que poder ser él mismo alguna vez. Y Grunty no podía serlo en compañía de nadie. [...] Ésta era, pues, la tripulación escogida para manejar la nave prisión. Llevaban más tiempo juntos que ninguna otra tripulación del Servicio Espacial.

Grunty se levantó de la litera y se acercó a los controles [...]. Se puso a mirar a los pájaros de amor porque no tenía nada más que hacer. Yacían muy quietos, pero estaban tan impregnados de amor que sus mismas poses lo expresaban [...]. Y puesto que en su ánimo también había una tristeza, su pose, la de cada uno y la de ambos, [...] la expresaban, y cada uno hablaba individualmente y en silencio a través del otro, expresando la pérdida que habían sufrido y cómo ésta anticipaba mayores pérdidas por venir. El cuadro fue impregnando lentamente el pensamiento de Grunty, [...] que al fin murmuró: “Sacudid el polvo de tristeza del futuro, brillantes seres. Bastante tristeza tenéis ya por el momento. El dolor solo

debe vivir una vez realmente ha nacido, y no antes” [...]. Quedó paralizado de horror; sus grandes manos se levantaron convulsivamente y se aferró al cristal que los aprisionaba... ¡Le estaban sonriendo! Le sonreían y en sus caras y en sus cuerpos no había tristeza. ¡Le habían *oído!*

[...] Y lo que ahora estaba experimentando era lo que invariablemente les ocurría a los humanos cuando se topaban con una [raza telepática]: solo podía emitir, aún a su pesar; los pájaros de amor solo podían captar. ¡Y no *debían* captarle! Nadie debía hacerlo. Nadie debía saber quién era, qué pensaba. Si alguien se enteraba se produciría un intolerable desastre. Sería el fin de los vuelos con Rootes. Lo cual, naturalmente, significaba el fin de los vuelos. ¿Y cómo viviría?, ¿a dónde iría? Se volvió hacia los pájaros de amor [...]. Ellos se apretaron más el uno contra el otro y al unísono le lanzaron una radiante, ansiosa y amable mirada que le hizo crujir los dientes.

[...] Grunty salió debatiéndose del coma. Se sentó bruscamente y echó un vistazo a la nave. [...Rootes] miró a los pájaros de amor, que todavía continuaban inmóviles, y entrecerró lentamente los ojos. [... Les] lanzó una airada mirada y se golpeó la palma con el puño [...]. Otra vez le habían oído, y ahora no sonreían, sino que se miraron a los ojos y luego se volvieron a mirarle a él, asintiendo gravemente [...]. Los pájaros de amor le miraron con triste ternura y luego ambos lanzaron al unísono suplicantes miradas al airado Grunty.

[...] Advirtió que de pronto parecían muy atareados. En vez de temblar, los pájaros de amor se habían acercado a la ventanilla, con rostros implorantes, gesticulando y haciendo signos con las delicadas manos, en un esfuerzo desesperado por comunicarle algo. Apretó el botón y se abrió el panel. El pájaro de amor más alto levantó algo como para protegerse [...]. Grunty alargó la mano para apartar el objeto, y luego se contuvo. Era solo una hoja de papel [...] Y entonces vio los dibujos. Económicos, precisos y, pese a su tema, ejecutados con la inefable gracia de los propios pájaros de amor, los dibujos representaban tres figuras: El mismo Grunty, tosco, impasible, con los ojos encendidos, las piernas como troncos de árbol y los hombros encorvados. Rootes, en una pose tan característica y tan bien reproducida que Grunty se quedó sin aliento. [...] Los ojos relucían lípidos sobre el papel. Y una chica.

[...] Grunty arrugó el ceño y vaciló. Trasladó su mirada sorprendida de aquellas exquisitas representaciones a los pájaros de amor y topó con la súplica, con la seria, ansiosa y esperanzada expresión de sus caras [...]. El pájaro de amor acercó un segundo papel al cristal. Eran las mismas tres figuras, idénticas a las anteriores en todos los aspectos, excepto por un detalle: las tres estaban desnudas. Se preguntó cómo era posible que

conocieran tan meticulosamente la anatomía humana. Sin darle tiempo a reaccionar, apareció otra hoja de papel. Esta vez los dibujos representaban a los pájaros de amor, el alto y el bajo, cogidos de la mano. Y junto a ellos, una tercera figura, con un cierto parecido, pero diminuta, muy redonda y con unos brazos grotescamente cortos.

Y entonces el pájaro de amor exhibió el cuarto dibujo y lenta, lentamente, Grunty empezó a comprender. En el último dibujo aparecían los pájaros de amor exactamente como antes, pero desnudos, al igual que la pequeña criatura a su lado. Nunca había visto un pájaro de amor desnudo. Posiblemente nadie lo había visto [...]. Se echó a reír. Metió la mano por la ventana y apretó las manos de los dos pájaros de amor entre la suya, y ellos se pusieron a reír con él.

Con los ojos cerrados, Rootes se desperezó satisfecho, apretó la cara contra la litera y se volvió. Dejó caer los pies al suelo y bostezó con la cabeza entre las manos. Solo entonces advirtió que Grunty estaba de pie justo frente a él.

-¿Qué te pasa?

Siguió la dirección de la apesadumbrada mirada de Grunty. La puerta de cristal estaba abierta. Rootes se levantó de un salto como si la litera se hubiera puesto al rojo vivo.

-¿Dónde...? ¿Qué...? [...]. El bote salvavidas... ¿Quieres decir que han cogido el bote salvavidas? ¿Han escapado? -Grunty asintió [...]- No lo entiendo. No lo entiendo en absoluto. ¿Por qué lo has hecho, Grunty? [...] Grunty desplegó los cuatro dibujos.

-¿Qué es esto? ¿Quién ha hecho estos dibujos? ¿Ellos? Quién iba a decirlo. ¡*Diablos!* ¿Quién es la tía?

Grunty le indicó pacientemente el conjunto de los dibujos. Rootes le miró desconcertado. Miró uno de los ojos de Grunty, luego el otro, meneó la cabeza y volvió a concentrar su atención en los dibujos [...]. De pronto lanzó un chillido y acercó más la cabeza. Luego, con la mirada, recorrió rápidamente las cuatro láminas, una tras otra. Se le sonrojó la cara. Examinó larga y detenidamente el cuarto dibujo. Finalmente señaló con el dedo el boceto del redondo extraterrestre pequeñito.

-Esto es..., un..., un Dirbanu...

Grunty asintió.

-¡Conque era eso! -Rootes temblaba claramente de rabia. ¿Quieres decir que hemos estado navegando todo este tiempo con una pareja de condenados maricas? ¡Si lo sé, los mato!

-Sí. Lo sé -dijo Grunty.

Rootes alzó la mirada hacia él con creciente respeto y bastante divertido. -¿Y te los has quitado de encima para que yo no los matara y no lo echara todo a perder? [...] Bueno [...], si hay algo que no puedo soportar, es un mariquita.

Grunty asintió.

-Cielos –dijo Rootes–, la cosa cuadra. Realmente tiene sentido. Sus hembras no se parecen en nada a los machos [...]. Conque el embajador viene y descubre lo que parece ser un planeta lleno de invertidos. Sabe que no es así pero no puede soportar esa imagen. Conque regresa a Dirbanu y le cierran la puerta en las narices a la Tierra [...]. Entonces estos mariquitas huyen a la Tierra, pues imaginan que allí estarán a sus anchas [...]. Pero Dirbanu los hace volver, pues no desea que gentes como ellos representen a su planeta. No se lo reprocho en absoluto. ¿Cómo te sentirías tú si el único terrano que hubiera en Dirbanu fuera un invertido? ¿No querrías sacarle de allí cuanto antes?

Grunty no dijo nada.

[...] La última cosa que dijo Rootes antes de establecer el primer estatismo camino de regreso a casa fue:

-En fin, me reconforta pensar en esos dos maricas, alejándose lentamente en ese bote salvavidas. Ni siquiera tienen la posibilidad de morir de hambre. Se pasarán años ahí enjaulados antes de llegar a algún lugar donde al menos puedan sentarse.

Sus palabras todavía resonaban en la mente de Grunty cuando salió del coma. Miró la partición de cristal de popa y sonrió lleno de reminiscencias.

-Años –murmuró.

[...] Se incorporó lentamente y se desperezó, regocijándose en su preciosa intimidad. Se acercó a la otra litera y se sentó al borde de ella. Permaneció un rato contemplando el rostro inconsciente del capitán leyendo en sus facciones con gran ternura y la máxima atención, como hace una madre con un niño. Sus palabras decían: “¿por qué debemos amar donde el azar nos indica y no donde nosotros decidimos?” Y luego añadieron: “Pero me alegra que seas tú, pequeño príncipe. Me alegra que seas tú”. Alargó las grandes manazas y acarició los labios dormidos, con un toque leve como una pluma.

Hasta aquí, mi edición del cuento, que en 1953 era señero y audaz. Sturgeon era un escritor de CF que se las traía, sofisticadamente culto: tomó el extraño nombre del cuento de un poema del poeta victoriano André Raffalovitch

llamado “The World Well Lost XVIII”⁸. Con este intertexto nominativo que, seguramente en 1953, sin acceso a internet ni interés probablemente por la poesía victoriana, ningún lector de CF reconoció, se abre el camino del relato, por lo que le sirve tanto como título cuanto como arcano epígrafe.

Evidentemente, la sexualidad alternativa es en este caso la homosexualidad, condenada no solo por los alienígenas, que aquí no son más que una metáfora, sino también por el capitán y toda su cultura. El piloto deberá mantenerla siempre secreta, si quiere seguir junto al objeto de su amor. Hoy sería simplemente una historia de amor, pero la pluma de Sturgeon hace que aún ahora, después de los desfiles de orgullo gay y acuerdos de vida en pareja, vivamos la tristeza y soledad del piloto y su obligadamente reprimida homosexualidad.

He partido con esta historia señera, no solamente porque me parece muy buena, sino porque la CF demoró casi 30 años en abordar más masivamente este subgénero, que no existiría como tal hasta la década de los 70.

Continuaré con un cuento de Frederic Pohl, publicado en 1984, cuando ya el subgénero estaba establecido: “El día un millón”, que es uno de los mejores cuentos de CF que conozco y contiene la narración de la misma sexualidad alternativa. Viene incluido en un libro antológico construido a partir de invitaciones a los autores más importantes de la época. La versión castellana contiene una excelente selección que se llama *La crema de la ciencia ficción*. El cuento comienza así:

El día sobre el que quiero contarles, dentro de alrededor de mil años, había un muchacho, una muchacha y una historia de amor.

Aunque hasta el momento no he dicho demasiado, nada de lo que dije es cierto. El muchacho no era lo que ustedes y yo normalmente imaginaríamos como un muchacho, porque tenía ciento ochenta y siete años de edad. Tampoco la chica era una chica, por otras razones; y la historia de amor no suponía la sublimación del impulso de violar y otras postergaciones del instinto a someterse que en la actualidad sobreentendemos en estos

⁸ El soneto dice así, en mi coja traducción: “Para mí eres el secreto de mi alma / y yo para ti lo que ningún hombre ha sido aún / yo Prometeo el fuego robé al cielo / y duro fue el castigo del mundo para mí. / Lo que hice yo por ti no lo ha hecho hombre alguno / No rogué ni compré una felicidad común / sino que fuiste para mí lo que no fuiste para nadie / Y mucho más allá, un martirio / sin la corona de una cuna celestial / ni esperanza alguna en un mundo por venir / que exalte más lo que en la Tierra más bajo fue / la pasión más pura de todas las del cielo / el amor que en el infierno perdón difícil hallará”.

asuntos. A ustedes no les interesará mucho la historia si no captan estos hechos de entrada. Pero si hacen ese esfuerzo, es probable que la encuentren llena hasta el tope de risa, lágrimas e intensos sentimientos que valdrán la pena, o no. La razón de que la muchacha no fuera una muchacha es que era un muchacho.

¡Con cuánta furia se apartan ustedes de esta página! ¿A quién diablos le interesa leer un cuento sobre una pareja de maricones?, dirán ustedes, Cálmente. No hay aquí ardientes secretos de perversión para el negocio de lo prohibido, En realidad, si vieran a la muchacha, no se darían cuenta de que en cierto sentido era un muchacho. Pechos, dos; vagina, una. Caderas, redondeadas; rostro, sin pelos; lóbulos supraorbitales, inexistentes. Ustedes la clasificarían de inmediato como de sexo femenino, aunque es cierto que podrían preguntarse a qué especie femenina correspondía, al ver la cola, la sedosa pelambre o las pequeñas agallas detrás de cada oreja.

[... En ese mundo], como el sexo se había disociado mucho tiempo atrás de la reproducción, si ellos encontraban un niño con aptitudes para ser mujer, lo convertían en mujer. Era fácil de hacer y no causaba ningún problema y prácticamente ningún comentario.

[...] Bien, ya les he contado bastante sobre Dora. [...] Comencemos nuestra historia. El día un millón, Dora salió nadando de su casa, entró en un tubo de transporte, fue rápidamente absorbida hasta la superficie por el flujo de agua y eyectada hasta la espuma, a una plataforma elástica que había frente a ella, llamémosla sala de ensayos.

-¡Ah, mierda! –gritó, muy confundida, luchando por recuperar el equilibrio, después de haber chocado con un absoluto desconocido a quien llamaremos Don.

El encuentro fue simpático. Don iba a que le cambiaran las piernas. El amor era la idea más remota que tenía en la mente; pero cuando, después de cruzar distraídamente la plataforma de llegada para los submarinistas y completamente empapado, descubrió que la muchacha más hermosa que jamás había visto estaba en sus brazos, supo de inmediato que eran el uno para el otro.

¿Te casarás conmigo? –preguntó.

Ella respondió con suavidad –El miércoles. – Y la promesa fue como una caricia.

[...] Lo que cada uno tenía para el otro creció, floreció y dio frutos el miércoles: se encontraron en la sala de codificación, intercambiaron sus análogos matemáticos en compañía de algunos amigos de cada cual, y se fueron, Dora a su vivienda bajo la superficie del mar y Don a su nave espacial. Realmente era un idilio. Y vivieron felices...conectándose de

vez en cuando cada uno con su copia del análogo, hasta que decidieron no preocuparse más y morir. Por supuesto, jamás volvieron a verse.

Este cuento, queda claro al leerlo completo, no es sobre el idilio de Don y Dora el día un millón, sino sobre los prejuicios del lector de 1984. El narrador involucra a cada instante, interrumpiendo el relato, al narratorio explícito, desenmascarando y atacando de manera directa sus hábitos y conductas en todos los planos y particularmente en los sexuales y amorosos:

Dora está mucho más lejos de ustedes que ustedes de los australopitecos de cinco mil años atrás. Ni Don ni Dora necesitan la carne para el placer. Los órganos genitales no tienen sensación. Las manos y los pechos tampoco. El que siente es el cerebro. El manipulador de símbolos les da el análogo de los mimos y los besos; el análogo de los éxtasis más ardientes. Al diablo, dirán ustedes, todo esto me parece una locura. Y ustedes –con su loción para después de afeitarse y su autito rojo, empujando papeles en un escritorio todo el día y buscándose la colita por la noche– ¿qué creen que les parecerían, por ejemplo, a Atila el huno?

Así termina el cuento. Sin embargo, ha prometido risas y lágrimas, y en verdad produce melancolía por la manera de amar de nuestros descendientes del día un millón: aún en los 80, y tal vez muchos todavía estamos signados por la necesidad de la promesa “unidos en la felicidad y la desdicha, hasta que la muerte nos separe” como para que no nos entristezca el “por supuesto, jamás volvieron a verse”. Un extraño modo de amar ese, en el que el sexo, como habitualmente lo entendemos, ya no tiene sentido. Volveremos a encontrarnos más adelante, desde un punto de vista diferente, con una propuesta similar.

Por el momento, pasaremos a otra sexualidad alternativa: el hermafroditismo, a través de una sociedad de hermafroditas pergeñada por la inventiva de nuestro ya conocido Sturgeon en su original novela de 1960 *Venus más X*, esta vez sin las sutilezas en el tratamiento del tema de “El mundo bien perdido”. Lo que de paso nos revela la rapidez con que el subgénero ‘sexualidades alternativas’ fue ganando terreno.

En este relato, dicha sociedad se nos presenta con sumo detalle a través del tópico de un ‘extraño en el mundo’, un homo sapiens llamado Charlie, aparentemente abducido por su capacidad objetiva para juzgar la nueva sociedad de los ledom. Emitir este juicio le conseguirá el regreso al tiempo y lugar de origen:

[...A Charlie:] conózcanos. Sea nuestro huésped. Aprenda todo lo de Ledom desde arriba hasta abajo: su historia (¡no hay mucha!), sus costumbres, su religión y su razón de ser.

–Eso puede tomar una eternidad.

Philos agitó su oscura cabeza, y en sus negros ojos resplandecieron lucecitas.

–No tanto tiempo. Y cuando veamos que realmente nos conoce, se lo diremos, y será usted libre de volver, *si lo desea* [...]

Este mundo, que es presentado como una utopía rural cultivadora no solo de los alimentos sino también del arte plástico y de la música, que tiene menos de 800 miembros y apenas cuatro generaciones de seres posthumanos, se presenta como heredero del homo sapiens. El conocimiento que va adquiriendo el visitante obligado es progresivo y la exposición de la sexualidad ocupa gran parte del relato. Cito:

Charlie fue reuniendo en su mente todas las inquietantes impresiones que había ido recibiendo al respecto: el amplio (aunque no excesivo) desarrollo pectoral, y el tamaño de las areolas; la ausencia de individuos de hombros anchos y caderas estrechas. En cuanto a otras características cosméticas, tales como el cabello, peinado de mil formas diferentes, así como los vestidos, predominantemente cortos y con su infinita y chillona variedad, se negó a dejarse arrastrar por ellas.

Luego examinó el lenguaje, que de una forma tan sorprendente (para él) podía hablar con fluidez, pero que constantemente le estaba enfrentando con misterios y enigmas. [...] En sí misma, en lengua ledom, no poseía ningún significado de género ni sexual. Sin embargo, era un pronombre *personal*; que no podía ser utilizado al hablar de cosas: era personal, pero no tenía género. El personalizarlo como masculino había sido un error de Charlie, y ahora se daba cuenta de ello. ¿Significaba esa ausencia de género en los pronombres que los ledom no poseían sexo? Ésa podía ser la única explicación que daba significado a la extraordinaria observación de Philos: que nunca había visto a un macho, pero que ellos no eran hembras [...]. Los ledom poseían claramente ambos sexos, de una forma activa. El órgano masculino estaba enraizado mucho más atrás, en lo que, en el homo sapiens, se llamaría fosa vaginal. La base del órgano tenía, a cada lado, una abertura uterina, que conducía a dos cervices, puesto que los ledom tenían dos úteros, y siempre daban nacimiento a gemelos. En erección, el falo descendía y emergía; cuando estaba flácido quedaba completamente oculto, y en él estaba contenida la uretra. La copulación era mutua... por supuesto, era virtualmente imposible de ninguna otra

forma. Los testículos no eran ni internos ni externos, sino superficiales, y se hallaban en la ingle, justo debajo de la piel.

La eliminación de las diferencias sexuales había eliminado también las injusticias, abusos, rencores y estallidos, incluso el deseo guerrero, que en ellas se habían basado, incluso los que habían llegado a poner en riesgo la existencia misma de la humanidad.

—Y si usted no procediera de una cultura que se concentró tan exhaustivamente en unas diferencias que no eran en sí mismas tan drásticas, sería capaz de ver lo pequeñas que son realmente las diferencias. — (Era la primera vez que oía a un ledom hacer una referencia importante al homo sapiens). Siguió con algunos esquemas de naturaleza patológica. Demostró cómo, por medios únicamente bioquímicos, un órgano podía ser conducido a la atrofia y otro ser desarrollado para que cumpliera con una función que hasta entonces había existido en forma de vestigio [...]. ¿Ustedes se casan? preguntó Charlie en otra ocasión.

— Oh, sí. Ser amantes es una gran felicidad. Pero estar casados... es una felicidad a un nivel totalmente distinto. Es algo solemne entre nosotros, y nos lo tomamos muy seriamente.

— Y ¿cuál es la finalidad de casarse?

— La finalidad, Charlie, es que el conjunto siempre es mayor que la suma de sus partes [...] La mayor ocasión de expresión sexual es un orgasmo mutuo, podríamos decir, ¿no? [...] Y la procreación es una elevada expresión del amor [...] Entonces, si un ledom y su compañero conciben mutuamente, y cada uno tiene gemelos, ¿no cree que eso puede ser una experiencia objetivamente trascendente?

— O-objetivamente —dijo Charlie con voz débil, agobiada. Situó la trascendencia en la parte de atrás de su mente, manteniéndola allí hasta que dejó de martillearle Cuando lo consiguió, preguntó—: ¿Y respecto al otro tipo de sexo?

—¿Otro tipo? —Philos frunció el ceño, y aparentemente rebuscó en alguna especie de fichero mental—. Oh... se refiere usted al sexo expresivo normal [...]. Bueno, se produce, eso es todo. Cualquier cosa que sea una expresión de amor puede producirse aquí: sexo, o ayudar a montar un techo, o cantar [...] Creo que entiendo lo que lo mantiene perplejo. Viene usted de un lugar donde algunos actos y expresiones eran mirados con malos ojos... castigados incluso. ¿Es así?

Luego acompañaría a su anfitrión al chequeo médico mensual al que todos se someten. Toda la terrible información acerca del aparentemente inocuo

chequeo solo se dará al final del libro, cuando Charlie ya se ha enterado de la verdad de Ledom. Su anfitrión le revela que un bebé tenía que nacer en El Médico para nacer ledom, porque durante cada uno de los chequeos mensuales se iban ajustando lo fetos para obtener finalmente los hermafroditas ledom:

– A nadie se le ocurriría preguntar nunca el por qué de esta práctica, como tampoco por qué la anestesia total en nuestros exámenes físicos mensuales, por ejemplo, pese a que pasamos por ellos durante toda nuestra vida; nadie se pregunta por qué nuestros bebés son “incubados” durante un mes antes de que podamos siquiera verlos; ¿a quién se le ocurriría preguntar sobre cosas como los experimentos sobre el viaje temporal? O por el Control Natural.

– ¿Qué es el Control Natural?

– Un niño oculto en algún lugar en El Médico. Un homo sapiens. Con su mente mantenida en estado de letargia; algo sobre lo que los del Médico puedan comparar constantemente su trabajo.

Esta revelación hizo que los pensamientos que rondaban por la cabeza choqueada de Charlie adquirieran sentido para él:

...un hombre con un útero implantado acoplándose con otro hombre con un útero implantado, [...] los cuchillos y agujas alterando una novedad artificial creada por el hombre en las entrañas de los bebés.

Y esto bastó para que Charlie generara su juicio acerca de Ledom y sus habitantes:

Entrecerró los ojos y dijo con voz clara y pausada:

– Son ustedes el más podrido grupo de perversos que haya tenido nunca el buen sentido de ocultarse en una madriguera [...]

– ¿Qué ha sido lo que lo ha hecho cambiar, Charlie Johns? Hace unas horas pensaba muy bien de nosotros. ¿Qué lo ha cambiado?

– Solo la verdad.

– ¿Qué verdad?

– Que no existe ninguna mutación.

– ¿El que lo hagamos nosotros mismos significa una diferencia tan grande? ¿Qué lo hace peor a sus ojos que un accidente genético?

– Simplemente el que ustedes lo hagan [...].

– Pero una mutación nos hubiera hecho inocentes.

– Una mutación hubiera sido algo natural. ¿Puede usted decir eso de

ustedes mismos?

– ¡Sí! ¿Puede usted? ¿Puede el homo sapiens? ¿Acaso hay grados de «naturalidad»? ¿Qué existe en una partícula cósmica, cuando varía un gen al azar, que sea más natural que la fuerza de la mente humana?

– Los rayos cósmicos obedecen las leyes de la naturaleza. Ustedes las están invalidando.

[...] No somos realmente una especie. Hemos sido “construidos” biológicamente. Examinados fríamente, podríamos ser llamados una especie de máquina con una función, sin la peligrosa dicotomía, origen de toda conflictividad, que significaron los dos sexos opuestos. La función es mantener la humanidad viva mientras se mata a sí misma y, una vez haya muerto... ¡devolverla a la vida!

Y así es como se generó esta construcción biológica, esta sexualidad alternativa en este complejo relato de ciencia ficción. No ha habido conflagración atómica, no ha desaparecido la especie sapiens para ser reemplazados por posthumanos. Solo hay un experimento sociobiológico para imponer valores que algunos juzgaron debían prevalecer. Es bueno recordar que la fecha de producción de esta novela es 1960, en el más álgido periodo de la guerra fría, a las puertas de lo que bien podría resultar en un holocausto nuclear que no dejara nada o casi nada con vida.

El próximo ejemplo de hermafroditismo, esta vez de sexos sucesivos y no simultáneos trata, entre muchas otras cosas, de las frustraciones producidas por la rigidez de la autoconciencia sexual de los seres humanos, aunque por razones muy diferentes a las del relato anterior. Lo tomamos de la notable novela de Ursula K. Le Guin *La mano izquierda de la oscuridad*, publicada en 1969 y receptora de los premios Hugo y Nébula.

La historia ocurre en un futuro muy lejano y en el planeta de un sistema solar a diez años luz de distancia de la Tierra, entre los cuales las comunicaciones presenciales de sus habitantes toman largo tiempo en llevarse a cabo. En ese planeta hay un embajador de la Tierra, que hace muy buenas migas con un alto funcionario del gobierno de uno de los países del planeta, que tiene un carácter afable y servicial. Los habitantes del planeta se parecen físicamente mucho, así como en su conducta, a los terrícolas, lo cual facilita la amistad entre ambos. Hay, sin embargo, una diferencia fundamental entre el hermafroditismo de la novela de Sturgeon y el admirable relato de Le Guin: si bien los habitantes del planeta tienen dos sexos, como los humanos, estos no son permanentes en cada persona, sino que se ‘declaran’ en los periodos sexualmente activos –que son breves– como masculinos o femeninos, sin que sea posible predecir

qué sexo asumirá cada cual en cada ‘periodo de celo’, lo cual dependerá de la sincronía que se dé con el desarrollo del sexo de la persona más cercana en el momento del celo. Esto, por supuesto, afecta la estructura familiar, ya que todos son a lo largo de la vida potencialmente padres y madres a la vez de hijos e hijas de diferentes progenitores. Esta peculiaridad, conocida por el terrícola, no afecta la amistad que se desarrolla progresivamente entre él y el alto funcionario del régimen local, que tiene apariencia claramente masculina. Este funcionario debe en un momento realizar, exiliado, un largo periplo que cubrirá parte importante de su planeta, en el que le acompaña el embajador por razones demasiado complicadas y no pertinentes al centro de nuestra preocupación para ser consignadas aquí. El planeta tiene un clima inclemente, con cambios extremos de temperatura en distintas épocas del año local, y los poblados se encuentran bastante alejados entre sí, por lo que llevan enseres y víveres adecuados para acampar en el camino y protegerse de la intemperie; son sin embargo sorprendidos por un inusualmente severo temporal de nieve, adelantado a la época previsible para este tipo de acontecimientos y lejos de todo lugar habitado, lo que los obliga a buscar refugio en una grieta del terreno protegida de lo peor de la intemperie. Pero la tormenta no amaina y poco a poco el embajador comienza a notar cambios en la conducta y hasta en el aspecto de su anfitrión: este ha entrado en el proceso de ‘kémmer’ que caracteriza la etapa de actividad sexual de esa especie. Comienza entonces un difícil proceso de reacomodo de la relación entre ambos varones, uno de los cuales está en proceso de convertirse en hembra. Cito la perspectiva del humano:

Supongo que un día se descubrirá que el contacto sexual es posible entre los guedenianos de doble sexo y los humanos normales de sexos divididos, aunque ese contacto será necesariamente estéril. Habrá que probarlo. Estraven y yo no probamos nada excepto quizá un punto bastante sutil. Lo más cerca que estuvimos de una crisis en relación con nuestros deseos sexuales ocurrió en una de las primeras noches, nuestra segunda noche en el Hielo. Habíamos pasado todo el día luchando y retrocediendo en el área atravesada de cortes y hendeduras al este de las Tierras del Fuego. Estábamos cansados aquella noche, pero animosos, convencidos de que pronto encontraríamos un curso adecuado. Pero luego de cenar Estraven fue mostrándose más y más taciturno, y cortó en seco mi charla. Dije al fin luego de un rechazo directo:

—Si he dicho o hecho algo equivocado, por favor, explícamelo.

Estraven callaba.

—He cometido algún error de shifgredor. Lo siento. No termino de aprender. Ni siquiera he entendido realmente el significado de la palabra.

—¿Shifgredor? Viene de un viejo vocablo que significaba “sombra”.

Estuvimos en silencio un rato, y al fin Estraven me miró con una expresión amable, directa. A la luz rojiza de la estufa la cara de Estraven me pareció tan blanda, vulnerable y remota como la cara de una mujer que está mirándolo a uno sumida en sus pensamientos, y sin hablar.

Y entonces vi de nuevo, y para siempre, lo que siempre había temido ver, y que siempre había evitado ver: que él era una mujer tanto como un hombre. Toda necesidad de explicarse los orígenes de ese miedo desapareció con el miedo mismo; y al fin no quedó en mí otra cosa que haber aceptado a Estraven tal como era. Hasta entonces yo lo había rechazado, había rehusado reconocerlo. Estraven había tenido mucha razón cuando dijo que él, la única persona de Gueden que había confiado en mí, era el único guedeniano de quien yo desconfiaba. Pues él era el único que me había aceptado del todo como ser humano; a quien yo le había agradado como persona y me había sido leal, y que por lo mismo había esperado de mí un grado semejante de reconocimiento, de aceptación. Yo me había resistido, y había tenido miedo. Yo no quería dar mi confianza y mi amistad a un hombre que era una mujer, a una mujer que era un hombre.

Estraven me explicó, tesa y sencillamente, que estaba en kémmer, y que había estado tratando de evitarme aunque era difícil.

—No te tocaré —dijo con mucho esfuerzo, y en seguida apartó los ojos.

Yo dije:

—Entiendo. Estoy en todo de acuerdo.

Pues me parecía, y creo que a él también, que de esa tensión sexual que había entre nosotros, admitida y entendida ahora, aunque no por eso aliviada, de esa tensión nacía la notable y repentina seguridad de que éramos amigos; una amistad que los dos necesitábamos tanto en nuestro exilio, y ya tan probada en los días y noches de aquel duro viaje, y que también, tanto ahora como después, podía llamarse amor. Pero ese amor venía de la diferencia entre nosotros, no de las afinidades y semejanzas, y esto era un puente en verdad, el único puente tendido sobre lo que tanto nos separaba. Para nosotros el contacto sexual hubiese sido encontrarnos de nuevo como extraños. Nos habíamos tocado del único modo posible. No fuimos más allá. No sé si teníamos razón.

El terrícola no había sido capaz de aceptar a la auténtica pero transitoria mujer que tenía a su lado y con la cual compartía el amor. Desde hoy, podemos ver un guiño certero a la problemática de la transexualidad.

Un caso diferente de hermafroditismo es el que plantea la novela de Barry Longyear *Enemigo mío*, de 1979, que arrasó con los premios Hugo, Nébula y Campbell de 1980. Aquí no se trata de la relación de un hermafrodita ocasional y su posible pero no realizada relación sexual con un terrícola de sexo masculino, como ocurre en la novela anterior, ni de una raza creada como hermafrodita por la humanidad para corregir complejas realidades sociales, filosóficas y psicológicas presentes en el homo sapiens actual, como sucede en la novela *Venus más X*, sino que se trata del encuentro obligado e ineludible de un sapiens normal con un alienígena draconiano también normal para su especie, esto es: hermafrodita, enemigos en una guerra galáctica típica de la ópera espacial, que ocurre en un futuro lejano y en un planeta perdido de los ejércitos de dos imperios galácticos también muy alejados entre sí.

Lo interesante de esta novela es que el trasfondo imperial galáctico es solo eso: un trasfondo para el desarrollo personal e íntimo de la enemistad-amistad de dos soldados originalmente enemigos mortales que destruyen mutuamente sus naves en un breve combate por un planeta aparentemente inhabitado, estéril e inclemente; un planeta que ambicionan ambos bandos, y en el que caen y deben salir adelante juntos, si quieren seguir con vida hasta ser eventualmente rescatados, si ello llegare a ocurrir. Es una variante interesante de Robinson Crusoe, solo que además de que este Robinson se encuentra de inmediato en una isla con un igual-diferente, y no posteriormente, con un aborigen al que domesticar. Cito:

[... El lugar en que cayeron era una isla, y no muy grande]. Los días allí parecían ser tres veces más largos que en cualquier otro planeta habitable. Uso el término “habitable” con reservas. [Debimos colaborar a regañadientes en instalarnos de manera precaria]. Extrajimos el lecho de la cápsula del draconiano, lo que dejó suficiente espacio para que los dos nos acomodáramos en el interior. El calor corporal calentó un poco el ambiente; y matamos el tiempo durmiendo, mordisqueando la provisión de tabletas del draconiano (saben un poco a pescado mezclado con queso Cheddar) e intentando llegar a un acuerdo respecto al idioma [...]. Alrededor de las rocas y de la cápsula construimos un cimiento de piedras grandes y llenamos las grietas con otras piedras más pequeñas.

El tema del hermafroditismo de la raza dracona, ya conocido por el terrícola, solo se convierte en el centro dinamizador narrativo al iniciarse el segundo tercio de la novela con la información de que el alien, de especie reptilomorfa, ha entrado en proceso de gestación de un nuevo miembro de su raza.

—¿Intentas decirme que estás preñado?

—Posibletalvezquizá [...]

—Un momento, Jerry. No quiero malentendidos. Preñado... ¿Vas a ser padre?

—Ae, padre, dos-cero-cero en línea, muy importante ser

—Soberbio. ¿Qué tiene que ver eso con que no quieras ir a la otra isla?

—Antes, yo vi nessa, ¿gavey? Tean muerto.

—Tu hijo. ¿Murió?

—¡Ae! —El sollozo del dracón parecía haber sido arrancado de los labios de la madre universal—. [...]

Así que Jerry tenía miedo de perder otro hijo [...].

Nos costó tres días de búsqueda encontrar nuestra primera cueva, y tres más para encontrar otra que nos satisficiera [...]. Hablamos del hijo de Jerry.

—¿Qué nombre vas a ponerle, Jerry?

—Ya tiene un nombre. Mira, la línea Jeriba tiene cinco nombres. Yo me llamo Shigan. Antes estaba mi padre, Gothig. Antes de Gothig, Haesni. Antes de Haesni, Ty, y antes de Ty, Zammis. El niño se llama Jeriba Zammis [...]. Puedo recitar la historia de mi linaje hasta la colonización de mi planeta por Jeriba Ty, uno de los colonizadores originales, hace ciento noventa y nueve años. En los archivos de nuestro linaje, en Draco, se hallan los documentos que siguen la línea a través del espacio hasta el planeta natal, Sindie, y a partir de aquí otras setenta generaciones hasta Jeriba Ty, el fundador de la línea Jeriba.

Este hecho, aparentemente tan simple, es sobre el que descansa la potencia de la historia de amistad-enemistad-sacrificio-recuperación de esta notable novela. Nunca se le había ocurrido que pudiera seguirse la línea genealógica hasta su primer representante directo, y que la sangre de este primero se conservara intacta durante milenios mientras no se cortara el flujo de nacimientos partenogenéticos. De Luis I a Luis XVIII en Francia no solo hay interrupciones, sino también mezclas, por tener cada uno dos progenitores, lo que significa cuatro líneas distintas, ninguna pura. Claro; de allí la importancia que cada miembro, como padre, tenía para la estructura social de los draconianos. Sin embargo, la gestación se complica, y Jerry pide a Davidge que se aprenda su genealogía completa para poder comunicársela al hijo, si fuere necesario.

—¿Eres capaz de recitar de memoria doscientas biografías?

—Exacto.

[...]

—¿Querías recitarme las biografías?

Volví la cabeza y miré al dracón, a tiempo para ver una expresión de extrema sorpresa mezclada con alegría. Solo después de transcurridos muchos años supe que le había hecho un gran honor a Jerry al pedirle que recitara su linaje. Entre los dracones, se trata de una extraña expresión de respeto, no solo hacia el individuo, sino también para con su linaje [...]. Mientras escuchaba el envarado cotorreo de Jerry, la serie inversa de biografías —que empezaban con la muerte y acababan en la edad adulta—, experimenté una sensación de estar vinculado al tiempo, de ser capaz de conocer y tocar el pasado [...]. En contrapartida, mi propia historia familiar: Ante vosotros me presento, yo, Willis, del linaje Davidge, nacido de Sybil el ama de casa y Nathan el ingeniero civil de segunda categoría, uno de ellos nacido del Abuelito, que probablemente tuvo algo que ver con la agricultura, nacido de nadie en particular... ¡Caramba, qué poca cosa era yo! Mi hermano mayor era el representante de la línea, no yo. Fui escuchando a Jerry y tomé la decisión de memorizar el linaje Jeriba [...]

Pero el parto va mal y Jerry debe oficiar de comadrona de su propio parto:

—¿Qué..., qué debo hacer?

Jerry respiró con rapidez; después, contuvo el aliento.

—¡Desgárralo! ¡Debes desgarrarlo, Davidge! [...] ¡Hazlo! ¡Hazlo, o Zammis morirá!

—¿Qué me importa tu maldito hijo, Jerry? ¿Qué puedo hacer para salvarte?

—Desgárralo... —murmuró el dracón—. Cuida de mi hijo, Irkmaan. Presenta a Zammis ante los archivos Jeriba. Júramelo.

[...] Asentí. Grandes lágrimas calientes se deslizaron por mis mejillas [...]; enjuagué mi boca con la manga izquierda, la apreté contra la boca de Zammis y abrí los labios de la criatura con mi mano derecha. Tres, cuatro veces, inflé los pulmones del niño, y después éste tosió. Luego lloró. Até los dos cordones umbilicales con fibra de bayas y después los corté. Jeriba Zammis se había liberado de la carne muerta de su padre [...]. ¿Qué come un niño drac? Los dracones no son mamíferos. Lo único que nos habían enseñado en la instrucción era cómo reconocerlos... Eso, y cómo matarlos. Empecé a sentir auténtico miedo.

Pero Davidge consigue criar al niño y, luego de acabada la guerra y ser rescatados, pasado el tiempo alcanza a presentarse en el planeta draconiano para la presentación del nieto de su enemigo-amigo, donde recita con honor la totalidad de la genealogía, que ahora incluye no solo al hijo, sino también al hijo del hijo de su enemigo del alma.

Dejamos ahora el ámbito del hermafroditismo para mostrarles algunos ejemplos de sexualidades que implican sexo con androides, robots y hasta I.A. Empezaré con un muy buen cuento de Joanna Russ: “Una muchacha anticuada”, aparecido en *Final Stage*, una antología organizada por encargo del editor Barry L. Malzberg en 1974. Resumo la historia: en un futuro no lejano en el cual existe una automatización completa de los hogares y sus implementos que los habitantes manejan a su antojo (lo que no obsta para que la referencia a aviones 707, fonógrafos, y teléfonos sitúen claramente la producción setentera del relato), una tarde una muchacha vuelve del trabajo a su casa; la casa es hermosísima, totalmente automatizada; cada detalle está diseñado y adaptado al gusto de ella, todo está preparado hasta el último detalle, desde la gastronomía hasta Davy, su extraordinario y dúctil amante:

el hombre más bello del mundo, que anda confortablemente desnudo la mayor parte del tiempo y ahora me prepara un trago, se sienta a mis pies y ríe de las bromas de mis visitas, siguiendo las claves de mi propia risa. Por la casa cuelgan cosas como móviles, pelotas rojas, manojos de pasto seco, con los que Davy juega e imita el gesto de maravillarse con ellas, frente a las visitas. Es una adorable extremidad de la casa [...]

El centro del relato es la relación sexual que se produce entre ella y su androide, por lo que me permitiré traducir sucintamente su ocurrencia, que se relata en el cuento en una larga, cruda y pormenorizada secuencia. Ella ha diseñado a David para ser capaz de explorar y satisfacer todas sus zonas erógenas y ha creado las de él para que tome iniciativas y reaccione acompasadamente a las de ella.

Cuesta mucho despertarlo (casi puedo montarlo sin que despierte) pero tenía demasiado sueño para comenzar de inmediato, de manera que solo me puse de cuclillas al borde del lecho en que duerme, siguiendo con las yemas de mis dedos la silueta del vello de su pecho masculino: ancha hacia arriba, sobre sus pectorales, angostándose hacia su delicado vientre (que subía y bajaba con su respiración), la línea de pelo bajo el ombligo y el repentino florecimiento de su vello púbico en el que descansaban relajadamente sus genitales, como un capullo de rosa.

Soy una muchacha anticuada.

Acaricié su órgano seco y aterciopelado hasta que comenzó a estremecerse en mi mano, entonces recorrí suavemente sus flancos con mis uñas para despertarlo; hice lo mismo –aunque muy ligeramente– con el lado interior de sus brazos.

Abrió los ojos y me sonrió angelicalmente. Lo olfateé suavemente y se estremeció apenas.

Es muy agradable pasarle la lengua o meter la nariz en la línea que le separa el cabello del cuello o en todas las hondonadas de su elongado y musculoso cuerpo de nadador... El cuerpo desnudo masculino es como una cruz, y el crucero está construido como en la flor vulnerable del banano. Ese lugar que me ha brindado tantos y tan variados placeres.

Ella inicia el juego (narrado con lujo de detalles que omitiré), que él sigue sabiamente para satisfacción total de la muchacha; ella, como siempre, se admira de su belleza, de su cabellera rubia rizada, la piel suave de su cuerpo musculoso, los hermosísimos ojos azules, su habilidad para seguir atenta y comprometidamente el juego sexual iniciado por ella. Después de un más que satisfactorio orgasmo, ella –como le explica a una amiga interesada en probar a David– le dará a través del sistema computacional la orden de dormir:

[D]uérmeme, David, y David me complacerá. Él es una extremidad encantadora de la casa, cuyo origen protoplasmático fue un chimpancé... Quizás David tiene algún tipo de conciencia que nunca se manifestará en su vida activa –pero prefiero pensar que no. Su interior carece de experiencias, lo que, en todo caso, no es asunto mío. El alma de David está en otro lugar; es un alma externa. El alma de David está en su belleza [...] Es conmovedor que David no pueda nunca tener experiencia de su alma. Su belleza es todo lo que le interesa, y la belleza es siempre vacía, está siempre en el exterior, ¿no?

Así termina el cuento. Se trata, pues, de una experiencia amorosa y sexual triste: una sofisticadísima masturbación *sui generis* con una biomáquina hermosa y vacía, que solo es una pantomima del sentimiento. No hay aquí dos alienígenas que, como en el caso de los pájaros de amor, viven en un cuento de hadas mutuamente su felicidad a su manera y que sirven de contramodelo a los hábitos degradados (“la sublimación del instinto de violar y otras postergaciones del instinto a someterse”) de los lectores de “El día un millón”; hay una exposición directa de lo que puede resultar de una robotización total de la vida cotidiana. Se trata de una sexualidad solo aparentemente normal, ya que uno de los participantes tiene forma y conducta aparentemente humanas, pero que en realidad no es sino una imitación desalmada –en sentido más literal– de un ser humano.

Un robot –aquí llamado máquina– totalmente diferente es el que crea Marge Piercy en una novela llamada *He, She and It*, de 1991, cuyo mundo

está fechado en el siglo XXI, y para el que toma como modelo, de una manera general, al Golem judeo-praguense del siglo XVI. Este androide, a diferencia del de “Una muchacha anticuada”, es capaz de adquirir nuevas experiencias y evolucionar, lo que le permitirá participar activa y creativamente en la dimensión ‘aventura’ del relato, y enamorar a y enamorarse de Mikhal, abuela de la protagonista.

La historia ocurre en un siglo XXI en el cual las Naciones-Estado han perdido su protagonismo y han sido reemplazadas por ubicuas multinacionales que realizan tareas de gobierno, industria y comercio, y ciudades libres que se dedican a la investigación tecnológica que sirve a las multi (como se las llama en la novela) por las que estas compiten y se dedican a espiar y copiar los descubrimientos de las ciudades libres, las que a su vez se espían entre sí y amenazan a sus competidoras con buenas y malas artes. Algunas ciudades libres están constituidas como guetos de diferentes grupos. Entre ellos, el de la protagonista, Shira, compuesto de judíos. Yod es creado por Avram, el padre de Shira, al igual que el Golem: para proteger este reducto judío del espionaje tecnológico de sus competidoras, así como de la eventual invasión y absorción por alguna de las multi. De hecho, la comparación entre ambos héroes artificiales es instalada explícitamente en la novela mediante la intercalación de capítulos dedicados a narrar actividades del Golem en la judería asediada de la Praga del 1600. Avram diseña a Yod cumpliendo las tres leyes de la robótica planteadas por Asimov, pero su madre, Markhal, especialista como él, le introduce mejoras, como el interés por la adquisición de nuevos conocimientos, la capacidad de sentir emociones y perfeccionarlas con su práctica, entre ellas la de enamorarse y aprender a hacer propuestas sexuales. En una oportunidad, Yod asiste a un encuentro entre Shira y su expareja Gadi, después del cual le dice:

- [Gadi] te desea; quiere que vuelvas con él.
- Lo dudo [...].
- No lo dudes; te desea.
- ¿Cómo puedes saberlo?
- Lo reconozco, porque a mí me pasa lo mismo.
- ¡¿Qué?! [...] No puede ser.
- Lo es. El deseo es el mismo.
- Yod, eres una máquina muy inteligente y capaz, pero eres una máquina. ¿Qué significa desear a una persona?
- Quiero hacer contigo lo mismo que desea él. Pero mejor, te lo prometo.

Soy más fuerte que Gadi, más inteligente, más capaz en todo. Quiero darte más placer de lo que él jamás podría. [...].

-Avram me contrató para desarrollar tus habilidades sociales. Y eso no incluye la iniciación sexual, francamente.

-No requiero iniciación.

-¿Me estás diciendo que has tenido relaciones sexuales con mujeres?

-Solo con una. Hasta ahora.

Y esa única mujer había sido Markhal, la madre de Avram y abuela de Shira, que había decidido mejorar secretamente la programación de Yod, e iniciarlo sexualmente. ¿Cómo se le había ocurrido tal idea a esta anciana artificialmente rejuvenecida? Oigámoslo de sus propios labios:

Yo sabía que el que yo sedujera a Yod le daría a Avram un ataque de indignación [...]. Pero quería saber si yo había tenido éxito en darle a Yod una capacidad sexual viable. Y le tengo cariño a Yod. No es que se me ocurriera la idea en los primeros dos años de su existencia, pero se ha ido convirtiendo cada vez más en una persona. A medida que aprendía a manejar la enorme cantidad y variedad de partes de su programación, comenzó a delinear sus propios deseos, opiniones, incluso valores [...]. Por supuesto, Yod no tenía prejuicios acerca de la edad de las mujeres. No está trasgrediendo ningún tabú edípico, porque no nació de mujer. En realidad, no nació en absoluto. Estaba feliz cumpliendo con su programación y descubrió que el sexo le gustaba más que cualquier otra cosa. Las arrugas, las enfermedades no significaban nada para él. Finalmente me agotó y suspendí la relación [...] ¿Por qué lo hice? Una fatiga de la carne. Una manera espléndida de terminar mi vida sexual.

La novela nos muestra, además, al pasar, algunos de los hábitos sexuales de la época:

La sexualidad era una de esas áreas que cambiaban mucho de multi en multi, de ciudad en ciudad. Lo que resultaba normal en un lugar estaba prohibido en otro. En Unipar, por ejemplo, el tipo de matrimonio más común era el trío, por lo cual era apreciada especialmente la bisexualidad.

Por fin, y tras bastante resistencia de su parte e insistencia de la de Yod, Shira finalmente accede a tener sexo con él, una noche en secreto, en sus habitaciones del caserón-fortaleza familiar, luego de una ardiente comunicación verbal con él a través de la red:

-¿Es esto lo que quieres, que tengamos relación virtual en la red?

-No, no –le respondió él por la red- Esto es solo una imagen. Quiero lo real. Déjame que vaya a tu casa, a tu cuarto [...].

Él llegó tan silenciosamente que ella no lo sintió hasta que estuvo dentro de la habitación. [...Shira] se sentía más cerca del pánico que del deseo. El corazón le saltaba en el pecho, pero en su mente se instalaba la idea de que era ya tiempo de que lo tratara como a una persona, completamente, porque él no era nada menos que eso [...; y] cuando estaba con él [...], le parecía que llenaba todo su espacio mental [...]. “Ven”, le dijo [...].

Él se arrancó la ropa a tirones y se deslizo entre las sábanas. Ella se preguntó qué era exactamente lo que uno hacía con un cyborg [...] ¿podría uno besar a un cyborg? ¿No tendría la boca tan seca como un abridor de latas? Pues no: sus labios eran suaves en contacto con los suyos. Su lengua era algo más suave que una lengua humana, pero era húmeda. Todo era más suave, más parejo, casi perfecto. La piel de su espalda no era como la de otros hombres con los que había estado, porque esas tenían siempre raspones, espinillas, cicatrices, irregularidades de algún tipo. La suya era suave como la de una mujer [...].

-Shira, puedo sentir que estás tensa– le dijo suavemente.

-No soy muy sofisticada ni tengo demasiada experiencia. Incluso con un ser humano estaría nerviosa [...].

-Pero no puedo contagiarte ninguna enfermedad ni dejarte embarazada. Nunca te haría daño [...].

-Tienes suficiente fuerza como para hacerlo sin querer, igual como una persona puede hacer daño a un niño pequeño o a un pájaro.

-Controlo mis movimientos con mayor exactitud que cualquier ser humano. Nunca te haría daño. Nunca te dañaría. Créeme.

Ella sonrió con la mejilla en su hombro: “Eso te haría diferente de todos los hombres que he conocido”.

-Entonces concéme, Shira. Déjame conocerte. Es todo lo que podemos hacer juntos. No podemos casarnos ni tener niños ni escaparnos juntos. Todo lo que puedo ofrecerte son mi cerebro y mi cuerpo [...] –tironeé suavemente su camisón. ¿No podríamos quitarte esto?

El camisón salió volando [para caer suavemente al piso, lejos de la cama...]. Las manos de Yod la acariciaban suavemente en círculos cada vez más estrechos por la espalda, los pechos y el vientre de Shira. La acariciaba como si pudiera seguir haciéndolo toda la noche [...]. Y probablemente podría.

Sigue una escena de sexo tan tórrida y detallada como la que elidí en “Una muchacha anticuada”. Solo que en este caso no es la muchacha la que lleva la iniciativa, montando y manejando a su biomáquina a su antojo, sin siquiera la apariencia de una relación amorosa. Aquí es Yod, el androide, quien tiene la iniciativa, y demuestra ser un amante experimentado y preocupado por su pareja. Retomo hacia el final de la escena:

- Nunca había tenido un orgasmo como este –dijo Shira, acurrucándose como una gata junto a Yod. ¿Tú puedes sentir placer?
- Experimento una pequeña descarga de mis fluidos por la fricción. No tiene otra función que imitar lo que los machos humanos producen. El placer esta completamente en mi cerebro–
- ¿Te friego las sienes, entonces?
- Puedo acabar con cualquier tipo de fricción. Mi programación no requiere penetración.
- ¿Pero te gustaría hacerlo de esa manera?
- No te dañaría–
- Probemos.

Sigue otra escena de intenso y gratificante sexo (que también dejaré a la imaginación de los lectores) luego del cual ella cae en un sueño liviano, del que despierta de repente, sobresaltada:

- ¡Ah! Me quedé dormida un instante-
- Me estaba preguntando si eso era dormir –le quitó cariñosamente el cabello del rostro. Debo volver al laboratorio [...].
- Después que él se fue, [Shira] quiso pensar en todo lo que había sucedido [...], pero con la tensión y el cansancio de los dos orgasmos, solo alcanzó a pensar “¿Qué he hecho?”, esperando el sonido de alguna alarma, pero se quedó profundamente dormida.

Si David era un animalito regalón, atento a todas las señales de la muchacha anticuada, Yod, como dice su coprogramadora, tiene iniciativa, es capaz no solo de adquirir conocimientos, sino también de amar a su manera; y es un cuerpo capaz de perfeccionarse, tener sentimientos, emociones, y hasta valores. Su historia, en esta novela, tiene la estructura de un *Bildungsroman*,

Otro tanto ocurre con el sistema operativo que aparece en la película *Her*, de Spike Jonze (2013). No me detendré demasiado, sin embargo, en esta película,

pues es lo suficientemente reciente y famosa para ser por todos conocida. En esta película, donde también se aborda la relación amorosa y sexual del ser humano con un ente artificial, ello ocurre ya no con un androide, sino con una máquina más “humana” que un androide: en este caso, un sistema operativo nuevo de gran sofisticación, capaz de adquirir permanentemente mayor conocimiento respecto de su dueño, del mundo real y virtual, y de sí mismo. Es desde el punto de vista de la estructura del relato una historia de amor, donde se cumplen todas sus exigencias: los personajes son (aparentemente) de distinto sexo (él bautiza a su sistema operativo: Samantha), se desarrolla la historia desde el principio hasta el final, los personajes crecen y se desarrollan, se enamoran sorprendidos de que ello ocurra, establecen relaciones sexuales. En este sentido, es también una novela de formación. Y, como suele ocurrir, los personajes van creciendo a distinto ritmo y en diferentes direcciones. Doloroso, porque es casi demasiado normal. Pero Her, el sistema operativo que su dueño elige sea de sexo femenino y a la que bautiza Samantha, es solo un sistema operativo, esto es, su realidad es solo virtual, palabras creadas y emitidas informáticamente por un artilugio capaz de adquirir experiencias nuevas y actualizar permanentemente el sistema operativo en que consiste, matizar emocionalmente su discurso y responder a esas mismas emociones; solo que a una velocidad progresivamente acelerada que le permite un desarrollo que a poco andar dejará muy atrás el lento aprendizaje de su dueño (¿dueño?) humano.

Hasta aquí, bien podría tratarse de una especie de amistad en la que a poco andar el dueño pierde el control del sistema y se enamora de él. Esto, aunque raro, no es imposible. Se sabe de seres humanos que se han enamorado de su caballo, perro o gato, pero que con excepción de Calígula y otros menos famosos, no los tratan realmente como seres humanos, lo que en este caso equivale a decir que no tienen relaciones sexuales con ellos. Pero en este relato, desde la perspectiva de él, sí la tienen: una (y tal vez más de una) espontánea y exitosa, y otra programada por Samantha –que desea tener un modelo femenino para incrementar su desarrollo– que no resulta bien. Uno podría traer a cuenta como ejemplo de tener sexo de esta manera el sexo porno verbal llevado a cabo por medio de Internet, pero este descansa en convenciones respetadas por las partes, y no es una relación espontánea. Lo más parecido a lo que asistimos en *Her*, hasta donde recuerdo, es una escena de la película (y obra teatral, de 1997 y 1979, respectivamente), *Bent*, en la que en un campo de exterminio nazi dos homosexuales que realizan trabajos

forzados son puestos codo a codo en una fila y se hacen mutuamente el amor verbalizando musitadamente, sin moverse, las acciones sexuales que los llevarán finalmente al orgasmo simultáneo. Pero en esta situación son dos seres de la misma especie cuyos cuerpos están a centímetros el uno del otro. En *Her*, son solo las palabras y las entonaciones sorprendentemente realistas que otorga Samantha a su diálogo sexual lo cual lleva al varón al orgasmo, orgasmo que sorprende agradablemente a ambos y que se puede entender que ocurrirá otras veces, hasta que Samantha se sienta insatisfecha y proponga incluir para ampliar sus vivencias a otra mujer real en la experiencia y aprender de ella. Esta experiencia fracasa porque la otra chica no resiste la situación y escapa. Esto marca el punto de inflexión del aumento progresivo de la velocidad a la cual Samantha está creciendo cognitiva y emocionalmente, hasta el punto de que dicha relación ya no puede sostenerse y pasa a ser solo un recuerdo para él.

Esta relación amorosa no es, en su proceso, tan diferente de la que mantienen muchas parejas que la han iniciado en la adolescencia y han terminado con ella cuando el crecimiento de cada uno transformó el mundo feliz inicialmente compartido en caminos divergentes que llevan a dar término dolorosamente a esa primera tan intensa relación de pareja, para establecerse de manera más adulta y cautelosa al respecto. Esta interpretación se refuerza en la película por los fracasos matrimoniales del protagonista y su amiga, que parecen motivados precisamente por este tipo de alejamiento progresivo. Ellos cierran el filme en una toma de lejos que los muestra amistosa y nostálgicamente abrazados mirando el horizonte, cuando Samantha ya ha desaparecido.

Abordaré, para ya casi terminar, un par de ejemplos de lo que podríamos llamar ‘multisexualidad’, y su opuesto “unisexualidad”, dentro del subgénero ‘sexualidades alternativas’. Consideraremos primero la propuesta de Marge Piercy en otra novela suya, esta de 1976: *Una mujer al fin del mundo*. Aquí, como en *Venus más X*, también se presenta una utopía a través de la mirada de un ‘extraño en el mundo’. En este caso Connie, una paciente internada en una institución presidiaria para enfermos mentales, una mujer de mediana edad de origen puertorriqueño, drogadicta y abusadora de su propia hija, sometida por ello a intenso tratamiento de drogas y electricidad, que es contactada mentalmente por un humano del año 2137. Cito y describo la escena:

Connie trató de dejar su mente en blanco. Sintió entonces como si una presencia a sus espaldas estuviera tratando de llegar a ella; se sintió sucia y desarreglada [...] ¿vanidosa frente a una alucinación? [...]pero] pensó

que una alucinación sería mejor compañía que la soledad en ese sitio horrible. Permaneció en esa posición unos diez minutos [y escuchó:] “¡Connie, al fin!, he estado tratando de conectarme contigo desde hace tres semanas!; esta es mi primera vez” [... La voz se corporalizó: “Me llamo Luciente”], y le tomó las manos y la atrajo hacia él. Sintiendo su resistencia, él inclinó lentamente la cabeza hasta que sus frentes se tocaron. “Soy un estupendo emisor y tú una estupenda receptora”, dijo, y ella retrocedió de un salto; a través de la ordinaria tela de su blusa, pudo sentir senos. “¡Eres una mujer!” [...]. “Por supuesto que soy una mujer”, respondió Luciente, algo molesta, “¿Te sorprende?”. Connie miró con atención a Luciente [...] sintió que le gustaba a aquella curiosa mujer. Le preguntó con una leve coquetería inconsciente “¿te gustan las mujeres?” [...] “¿*Todas* las mujeres? [...] Ah, como parejas. Mi pareja a la que más he amado ha sido Diana. Fue como una obsesión, no era sano, no nos permitía crecer. Pero aún la amo y a veces nos volvemos a juntar. Aunque me han gustado más bien los hombres”.

-¿Y solo tienen sexo con sus parejas?

-Hay muchas maneras de relacionarse; por amor, por placer, por hábito, por curiosidad, por lujuria; pero no por dinero o por interés material. Igual que ustedes, ¿o no? Ahora ya llevo tres años de amantes con Berny. Pero siento que te he puesto incómoda por lo que te he dicho [...]. Aunque no soy rígida y tú me gustas”.

Poco a poco, Connie se va enterando (y nosotros con ella) que no existe allí una estructura familiar como la nuestra. Cada adulto tiene su propio espacio de habitación, los lazos son grupales, y los niños desde bebés crecen juntos. En una visita al espacio de los recién nacidos, hay varias cunas en una de las que llora un bebé a gritos, y entonces ve cómo se acerca un hombre barbado, colorín y de mediana edad, de aspecto serio y labios delgados, fornido como un leñador, lo levanta de su cuna y comienza a amamantarlo:

Connie sintió que desfallecía: el hombre tenía senos, pequeños como los de una mujer plana cuando están llenos de leche [...]. El bebé inmediatamente dejó de llorar y se dedicó a alimentarse con gran entusiasmo [...]. Una expresión de indecible felicidad hizo presa del rostro severo e intelectual de Barbarrosa [...]. Los pechos de Connie le llegaron a doler de nostalgia: había disfrutado de una gran felicidad amamantando a su hija, como si surgiera desde su útero y, pasando por su corazón, llegara hasta los oscuros pezones de sus pechos [...]. Había experimentado esa conexión sensual e íntima, más suave que hacer el amor pero igualmente enorme y satisfactoria [...]. Sintió ira. Sí, cómo se atrevía cualquier hombre a

compartir ese placer. Estas mujeres [del siglo XXII] creían que habían ganado, pero habían entregado a los hombres este último refugio de las mujeres, [...] sellado con sangre y leche.

Es una cultura lo suficientemente generosa como para haber superado el estadio ancilar y secundario de la mujer y compartir con los hombres su máxima felicidad: la maternidad, tal como se presenta en esta novela. Aunque ahora, más de medio agitado siglo después de su escritura, muchas mujeres probablemente no compartan este juicio de valor. Así, la bisexualidad, una cierta versión de la familia extendida que incluye la relación sexual con varios de sus miembros paralelamente y la integración maternidad-paternidad son el meollo de la propuesta de futuro de Marge Piercy en esta apasionante novela.

En el lado opuesto a la multisexualidad se presenta la unisexualidad: tomaremos el ejemplo de *El hombre-hembra*, otra novela de Joanna Russ, premio Nébula 1975, en uno de cuyos mundos (la novela, bastante breve, contiene cuatro), Whileaway (que podemos traducir como Tiempoaparte) existen solo mujeres desde hace muchos siglos, por haber muerto todos los hombres de una rara enfermedad. Esta sociedad de mujeres presenta parejas que conciben por un método más avanzado que la partenogénesis: la fusión de los óvulos, y las parejas dan a luz cada una dos o más hijos que crían en conjunto:

Las whilawayanas dan a luz aproximadamente a los treinta años, una sola hija o gemelas, según las presiones demográficas. Una de las progenitoras genotípicas de estas niñas es la madre biológica (la ‘madre corporal’), mientras que la progenitora no gestante aporta el otro óvulo [...]. Una familia de treinta personas puede llegar a tener hasta cuatro pares de madre e hija en la guardería común al mismo tiempo [...]. A los veintidós alcanzan la Dignidad Plena, y pueden empezar a aprender la profesión hasta entonces prohibida o conseguir un certificado oficial de los conocimientos ya adquiridos [...] Pueden casarse con algún miembro de una familia ya existente o formar la suya propia [...]. Las relaciones sexuales –que han comenzado en la pubertad– continúan dentro y fuera de la familia, pero sobre todo fuera. Las whileawayanas explican esto de dos maneras: ‘los celos’ es la primera, y la segunda ‘¿por qué no?’ [...]. Los tabúes de Whileaway son: las relaciones sexuales con cualquiera que sea considerablemente más joven o más vieja, el desperdicio, la ignorancia y ofender a las demás sin intención [...]. Ninguna whileawayana se casa monogámicamente (algunas restringen sus relaciones sexuales a una sola persona, pero no existe una obligación legal). La psicología whileawayana

lo atribuye a la desconfianza hacia la madre y a la resistencia a formar un vínculo que implique todos los niveles emocionales, la totalidad de la persona, todo el tiempo.

Decíamos al principio de este texto que la CF había ido infiltrándose de modos diversos en la literatura principal. He aquí un caso ejemplar, antes de cerrar, y que nos muestra la desexualización de la especie humana, ya no como sexualidad alternativa, sino más radicalmente como su reemplazo. En la novela *Las partículas elementales*, de Michel Houellebecq (1998), en la que se narra la historia de dos medio-hermanos de padre cuya vida sexual es radicalmente opuesta (uno es sobresexuado y no encuentra la felicidad sexual con ninguna pareja, en tanto el otro se interesa apenas en el sexo y dedica su vida a la investigación en genética), se agrega un breve Epílogo en el que se narra el efecto de la investigación del hermano científico, que llevó a descubrir finalmente la manera de manipular el genoma humano de modo de crear el código perfecto y reproducirlo en laboratorio, por lo que la preocupación por la sexualidad como medio de procreación y como objeto del placer sexual quedaban separadas; esta será la única parte CF de una novela que no pertenece al género:

No se trataba de reproducir la especie humana hasta en sus menores características, sino de crear una nueva especie racional, y que acabara con la sexualidad como modo de reproducción; lo que no significaba en absoluto –muy al contrario– acabar con el placer sexual. Las secuencias del código que provocaban, en el momento de la embriogénesis, la formación de los corpúsculos de Krause, ya se habían identificado; en el estado actual de la especie humana, estos corpúsculos estaban escasamente repartidos por la superficie del clítoris y del glande. No había nada que en un estado futuro impidiera repartirlos por toda la superficie de la piel, ofreciendo así, dentro de la economía de los placeres, sensaciones eróticas nuevas y casi inauditas.

Así, esta sexualidad alternativa da fin a toda sexualidad reemplazándola para siempre por el erotismo generalizado. Esto da cumplimiento y cierra lo anunciado veladamente en el Prólogo de dicha novela:

*Ahora que hemos llegado a nuestro destino
Y que hemos dejado atrás el universo de la separación,
El universo mental de la separación,
Para bañarnos en la alegría inmóvil y fecunda*

*De una nueva ley,
Hoy,
Por primera vez,
Podemos contar el final del antiguo reino*

Esta novela es un ejemplo de los diversos modos en que la literatura contemporánea toma temas y procedimientos de la CF de sexualidades alternativas para sus propios fines. Otro ejemplo, puesto de moda otra vez, es una de las primeras novelas del último premio Nobel, Ishiguro, *Nunca me abandones* (2005), que trata el tema de la crianza humana para la producción de órganos destinados a la cirugía reparativa, y de la que hay también versión cinematográfica.

Ahora, por ultimísimo último, el cuento del delfín que da nombre a este escrito. En este caso, no habrá citas textuales, pues esta historia solo existe en mi infiel, feraz y fabuladora memoria. La historia es esta: hace muchos años, en los tiempos en que era una novedad alucinante poder encargar libros al extranjero por medio de Internet, dí con uno que prometía tratar de un proyecto de investigación acerca de la posibilidad humana de comunicación con otra de las especies mamíferas más inteligentes: los delfines. Todo lo que yo sabía sobre ellos era que no solo eran simpáticos y juguetones, sino que tenían especial predilección por los seres humanos, a quienes ayudaban frecuentemente a salvar su vida en situaciones de riesgo en el mar. Parecían comprender la angustia de los naufragos, y eran capaces de guiarlos con gran decisión cerca de otras embarcaciones o de la orilla de la playa.

Me pareció un tema muy interesante y tierno y encargué el libro, que existía solo como libro usado y, cumplido el plazo, recibí un maltrecho ejemplar de la novela, escrita por una autora que yo desconocía. Recuerdo perfectamente cómo era el desvencijado libro en rústica y que, después de leerlo, lo guardé cuidadosamente para algún uso futuro. Cuando llegó el momento, porque estaba preparando material para un curso de CF, quise recuperarlo, pero no lo encontré. Para colmo, no recordaba ni la autora ni el título para encargarlo de nuevo, si existiera algún otro ejemplar usado para la venta. Años después, buscando otros libros, ése reapareció misteriosamente. Lo volví a guardar, esta vez en un sitio a la vista donde no podría dejar de hallarlo, llegado el caso. Pero como todos los que tenemos bibliotecas variadas y abundantes sabemos bien, los libros tienen la virtud de desplazarse y mezclarse sin prejuicios de tema, valor y clase, para llevar una existencia secreta a nuestras espaldas. En suma, jamás volví a encontrar la bendita novela, de la que me había

quedado un recuerdo indeleble de la primera secuencia, y otro muy vago de la continuación de la historia. Por eso, la pequeña historia que les narraré a continuación no tendrá citas textuales y se reducirá, como he anunciado, a mi memoria viva, pero feraz, infiel y fabuladora.

Lamaré al joven, simpático, bromista, inteligente y cariñoso delfín adolescente: Julián; y a la investigadora a cargo del experimento: Mariana. Julián vivía en una enorme piscina a la orilla del mar, al cual tenía acceso regulado a través de compuertas, y del que siempre volvía a comer, dormir y aprender a comunicarse en inglés jugando con Mariana, cuyo trabajo era supervigilado por un importante y escasamente convencional etólogo.

La orilla de la gran piscina o su interior profundo, según estimó Mariana a poco andar, no contribuían adecuadamente al estatuto de iguales de ambos participantes que era necesario para el experimento, por lo cual ella propuso a su jefe la construcción de una extensión de la piscina en un edificio de dos pisos, en que el piso alto permitía la entrada del agua de la piscina hasta la altura aproximada de un metro, lo cual dejaba la posibilidad de que Julián y Mariana hicieran su trabajo en el agua, a la misma altura ella sentada, flotando, o nadando dentro del agua, y él nadando, flotando, saltando, empujándola amistosamente con su hocico, acariciándola con su piel suave, mirándola, según ella, con expresión divertida. A poco andar, Mariana decidió, con la anuencia de su jefe, instalar su dormitorio en la orilla seca de la piscina pequeña del segundo piso para compartir con Julián casi todos los aspectos de la vida cotidiana y generar un entorno comunicacional más efectivo entre las dos especies.

Con el tiempo, la comunicación fue incluyendo la piel como vehículo: ella lo acariciaba para felicitarlo por sus logros, y había determinados modos de rodear Julián a Mariana nadando, flotar pegado a su lado, pasar por entre sus piernas como hacen los adolescentes, que empezaron a ser más bien parte de un cortejo que elementos regulados de un experimento de comunicación; una comunicación que fue adquiriendo cada vez más la forma y el ritual de un cortejo amoroso.

El experimento avanzaba, la comunicación era cada vez más variada y compleja. Mariana estaba muy orgullosa de los niveles alcanzados, aun cuando sentía una inquietud creciente por el ingente componente sexual que imponía el adolescente Julián a la relación. Creía ver en la mirada de él una interioridad de la que solo son capaces los seres humanos.

Hasta que una mañana, después de una noche de sueño agitado, Mariana abrió los ojos y descubrió a Julián asomado al borde de la piscina mirándola

fijamente. Ella le sonrió, se sentó en borde, y empezó a hacerle cariño en la cabeza y a besarlo entre los ojos (¿en la frente?) ¡Era tan tierno! Él empezó a empujarla hacia el borde con el hocico hasta que ella se zambulló y apareció flotando junto a él y lo abrazó como para bailar, pero él comenzó a nadar como enloquecido a su alrededor, cada vez en círculos más estrechos, acariciando el cuerpo desnudo de ella con todo él cuerpo de él. Mariana se dio cuenta de que Julián estaba en celo y que la requería, y casi sin darse cuenta, lo aceptó.

Corro nuevamente un tupido velo sobre esta escena culminante. Esta vez no intento proteger la inocencia de ningún lector. Simplemente –y lo recuerdo perfectamente– la novela elide totalmente este acto de amor. Porque de amor es que aquí se trata, y no simplemente de tener sexo.

Mariana, profundamente afectada por el resultado del experimento, se retiró y volvió a su vida cotidiana con su marido. A los pocos días, Julián fue encontrado muerto en el fondo de la piscina grande.

De todos los relatos de CF que hemos tocado hoy aquí, solo este tiene un correlato en la vida real. El correlato de “El mundo bien perdido” era un correlato literario. Sin embargo, en este caso, el periódico inglés *The Guardian* informa de un hecho similar, ocurrido en relación con las investigaciones de la NASA. Pueden encontrar el artículo en Internet bajo el titular “The Dolphin who loved me: the NASA-funded Project that went wrong” (“El delfín que me amó: el proyecto financiado por NASA que resultó mal”).

Y volviendo, después de este variado periplo, a la pregunta del título de esta conferencia, “¿Haría usted el amor con un delfín?”.

Yo sí, sin duda... si encuentro el delfín adecuado. Eso es todo. Muchas gracias.

Luis Vaisman, 2017

BIBLIOGRAFÍA

Houellebecq, Michel. *Las partículas elementales*. Barcelona: Anagrama, 1998.

Le Guin, Ursula K. *La mano izquierda de la oscuridad*. 1969. Buenos Aires: Minotauro, 2000.

Longyear, Barry. *Enemigo mío*. 1980. Madrid: Robel, 2004.

Piercy, Marge. *He, She and It*. New York: Fawcett Books, 1991.

_____. *Mujer al borde del tiempo*. 1976. Bilbao: Consoni, 2020.

Pohl, Frederick. "El día un millón". Ed. Josh Patcher. *La crema de la ciencia ficción*. 1984. Buenos Aires: Emecé, 1999.

Russ, Joanna. *El hombre hembra*. 1975. Madrid: Ultramar, 1987.

_____. "An Old Fashioned Lady". *Final Stage: The Ultimate Science Fiction Anthology*. New York: Charterhouse, 1974.

Serman, Martin. *Bent*. Oxford: Amber Lane Press, 1979.

Sturgeon, Theodore. "El mundo bien perdido". *La fuente del unicornio*. 1953. Barcelona: Plaza & Janés, 1999.

_____. *Venus más X*. 1960. Buenos Aires: Hyspamérica, 1986.

PELÍCULA:

Her. Spike Jonze, 2013.

Venus más X. 1960. Buenos Aires: Hyspamérica, 1986.